

Abd Al-Rahmán I

Al cumplirse el XII centenario de la llegada a España del primer Omeya (755-45 — 1956), la Real Academia de Córdoba ha conmemorado la efeméride creando un Instituto de Estudios Califales, del cual es órgano esta publicación. En homenaje al fundador de la dinastía española, que había de dar abundantes días de gloria al occidente musulmán durante dos largos siglos, insertamos su más reciente y esquemática biografía, que vió la luz en «Diccionario de Historia de España», 1954, debida a la pluma del arabista cordobés Manuel Ocaña Jiménez.

El Inmigrado (731-788; 756-788) (Dayr Hanina) (Damasco) Córdoba. Su padre fué Muawiya, uno de los hijos del califa omeya de Oriente, Hisham ben Abd al-Malik, y su madre, una cautiva beréber llamada Rah y originaria de la tribu magribí de los Nafza. En 750, cuando apenas contaba veinte años de edad, Abd al-Rahmán se libró de la matanza de Abu Futrus (Palestina), de la que fueron víctima todos los familiares suyos que se acogieron a la falsa amnistía proclamada por Abu-l-Abbas, el primer califa abbasí. En unión de sus hermanas Umm al-Asbag y Amat al Rahmán, de un hermano menor que él y de su hijito Sulaymán, se refugió entonces en una pequeña aldea de las orillas del Eúfrates; pero la soldadesca abbasí le descubrió a poco y hubo de escapar otra vez de la muerte, cruzando el río a nado y ganando el provisional escondrijo que le deparaba un espeso bosque de la margen opuesta, en tanto que su hermano era decapitado a su vista. Allí se le unieron sus clientes Badr y Salim, enviados por su hermana Umm al-Asbag con provisiones y joyas, y, llevando a éstos por toda custodia de su persona, pasó a Africa y tomó el camino de Ifriqiya, con el propósito de recabar la ayuda del walí de aquella provincia, que era gobernada todavía en nombre del difunto Marwam II; mas el prefecto, que deseaba quedar exento de todo vasallaje para poder sacar el mayor provecho posible de las circunstancias, no solo nególe su apoyo, sino que, por añadidura intentó matarle.

El príncipe fugitivo dióse cuenta a tiempo de los proyectos del walí, y, poniéndose rápidamente fuera del alcance de éste, prosiguió su odisea por tierras de Libia y del Magrib central, sin encontrar por parte alguna la seguridad y el socorro que necesitaba, hasta que, tras de una breve estancia entre los belicosos miknasas magribíes, alcanzó los aduares de los Nafza, la tribu de origen de su madre, enclavados a orillas del Mediterráneo, cerca de Nakur, y donde fué bien acogido. A la sombra del lar materno, Abd al-Rahmán dió rienda suelta a la imaginación juvenil y soñó con escalar el gobierno de al-Andalus, apoyándose en los clientes omeyas que a éste llegaran un día con el general sirio Balch ben Bishr al-Qusayri. Cuatro años llevaba para entonces el príncipe marwaní arrastrando una vida de tráfuga y hora era ya de intentar un cambio radical de decidirse a probar suerte, escribiendo una extensa carta que entregó a Badr con la orden de que embarcase rumbo a al-Andalus y la pusiera en manos de los clientes de su familia. Y un año después, a mediados de agosto de 755, y gracias a los buenos oficios que su fiel liberto desempeñó en la Península durante este lapso, Abd al-Rahmán pudo pisar por vez primera tierra española en el puerto de Almuñécar, a donde le trajeron y desembarcaron un grupo de adeptos salidos en su busca. Desde este puerto, y haciendo escala en Loja, se dirigió a la fortaleza de Torrox, donde le rindieron pleitesía los chundíes de Damasco, y permaneció unos seis meses dedicado a reclutar tropas y a ganar para su causa a todos aquellos personajes del momento que podían serle de utilidad en el futuro. Allí le llegaron emisarios de Yusuf al-Fihrí—emir, a la sazón, de al-Andalus—con una propuesta de paz tan tentadora como capciosa y en la que Abd al-Rahmán sólo vió la señal para romper abiertamente las hostilidades contra el emirato. Y, a tal efecto, pasó a Archidona, donde le reconocieron por soberano los del distrito de Palestina, y luego a Sevilla, donde en 12 de marzo de 756 recibió el juramento de fidelidad de los del chund de Emesa y se le unieron los contingentes yemeníes de la región. En Sevilla permaneció hasta el 4 de mayo, en cuyo día se puso en marcha al frente de su ejército, contra Córdoba. Y el viernes 14 del mismo mes derrotó a Yusuf en la batalla de al-Musara; entró en la capital y presidió, en la Aljama, la jutba, en calidad de primera autoridad de al-Andalus, con lo que vió hechos realidad sus sueños. Contaba entonces veintiseis años de edad.

La primera orden que dió Abd al-Rahmán, una vez adueñado del poder, fué la de que se respetasen las propiedades de los vencidos,

y, dando ejemplo de magnanimidad y benevolencia, aplazó la toma de posesión del Alcázar del Emirato hasta que los familiares de Yusuf se reintegraron a sus viviendas de la capital con todos sus ajuarés y dejaron el palacio totalmente libre. Con tal orden y con semejante comportamiento, el joven y flamante monarca consiguió poner freno a los desmanes de los yemeníes, que ya habían empezado a dar buena cuenta de los bienes de los qaysíes, sus seculares enemigos; pero no pudo evitar que los defraudados se confabulasen contra él para derrocarlo y acabar con su vida, de lo que se libró gracias a haber sido prevenido de la intriga por Tha'labá ben «Ubayd al-Chundhamí, un jefe yemení que prefirió apechar con el menosprecio de sus hermanos de tribu antes que faltar al juramento de fidelidad prestado al omeya. Tras de este incidente, Abd al-Rahmán emprendió una acción ofensiva contra Yusuf y el consejero de éste, al-Sumayl, y después de una serie de peripecias concertó con ellos la paz y volviéronse todos a Córdoba; el soberano quedóse en el Alcázar con dos hijos de Yusuf, Abu Zayd y Abu-l-Aswad, en concepto de rehenes; Yusuf se instaló con el resto de sus familiares en el palacio de al-Hurr, y al-Sumayl se retiró a una finca que poseía en el Arrabal. Entonces vivió al-Andalus un periodo de calma que fué bien aprovechado por Abd al-Rahmán para reorganizar convenientemente su ejército, instituir registros fiscales, perfeccionar la división territorial de la Península y practicar una política conciliadora con sus enemigos de dentro y fuera de España, consultando con frecuencia a Yusuf y al sagaz al-Sumayl en los asuntos del gobierno, repartiendo con cierta equidad los cargos estatales entre los adeptos más significados de cada clan y tolerando que el nombre del califa abbasí Abu Cha'far al-Mansur se siguiera invocando cada viernes en las mezquitas del reino. Más, al mismo tiempo, intentó atraerse hacia sí a todos los elementos de su familia que se habían salvado de las persecuciones de Abu-l-Abbas y hallábanse, a la sazón, dispersos por Asia y Africa; intento que dió por fruto la llegada a España, en 757-58, de importantes grupos de omeyas y clientes marwaníes ante los que el monarca no supo mantenerse dentro de la línea de equilibrio que se había trazado, y, obedeciendo a la voz de la sangre, inclinóse hacia ellos, otorgándoles multitud de prerrogativas de todo orden y distribuyéndolos caprichosamente por los gobiernos de los distritos. A consecuencia de esto, no pocos personajes que habían ayudado a Abd al-Rahmán con fines meramente utilitarios, vieron como las prebendas desaparecían de sus manos y

pasaban a las de los advenedizos, por lo cual se consideraron engañados en su negocio, y el descontento cundió entre ellos de modo alarmante. De otro lado, Abd al-Malik ben Umar ben Marwan, un primo por línea paterna de Abd al-Rahmán, recién llegado a España, recriminó a éste al comprobar como el nombre de Abu Cha'far se seguía invocando aún en las juthbas y le conminó a que prohibiera tal invocación; el monarca accedió a la prohibición, y desde ese instante se hizo más visible la escisión entre Oriente y al-Andalus con el consiguiente desagrado de muchos puritanos que pasaron a engrosar las filas de los descontentos. Por estas y otras causas similares, el cielo de la política de al-Andalus, que había empezado a mostrarse despejado, tornó de súbito a nublarse, y la tormenta de la discordia no tardó en descargar. Efectivamente, en 758-59 y por efecto de una expropiación injusta Yusuf al-Fihri sintióse ultrajado, y rompiendo el pacto de la obediencia, huyó a Mérida y allí consiguió reclutar un ejército de veinte mil hombres, entre bereberes y gentes comunes, con el que avanzó luego hacia Córdoba; más salieronle al paso los gobernadores de Sevilla y Morón y le derrotaron, obligándole a escapar hacia tierras de Toledo donde unos meses después, en noviembre de 759, fué asesinado por sus propios partidarios. Abd al-Rahmán, viendo que su política de contemporalización no daba el fruto apetecido, optó por cambiar de táctica y aprovechó el suceso para tomar crueles represalias que aterrorizaran a sus enemigos, mandó decapitar a Abu Zayd, el hijo Mayor de Yusuf; condenó a cadena perpétua a Abu-l-Aswad, el hijo menor, e hizo estrangular a al-Sumayl por supuesta complicidad con su antiguo jefe.

Sin embargo, los efectos de tales represalias fueron muy otros a los buscados, y las sublevaciones se sucedieron ya, sin interrupción, hasta el final del reinado de Abd al-Rahman, que vió su autoridad discutida unas veces por los fihries, otras por los yemeníes y otras por los beréberes, cuando no se alzaba contra él algún que otro agente abbasi o tenía que hacer frente a una conjura tramada por elementos de su propia familia o clientela, para quienes la codicia y el afán de mando carecían de límites y no les satisfacía la mucha fortuna que el soberano les había otorgado de motu proprio. Más todas estas manifestaciones de rebeldía fueron yuguladas de manera implacable por los ejércitos leales y costaron la cabeza, casi indefectiblemente, a sus respectivos promotores, pues Abd Al-Rahmán nunca se confió ante ningún triunfo, sino que se mantuvo continua-

mente a la expectativa de una nueva insurrección, estudiando la que acababa de ser reprimida y sacando de ella provechosa enseñanza que le inducía a tomar oportunas medidas destinadas a eliminar causas y contrarrestar efectos. Así, bastó que una de las sublevaciones —la de Abu-l-Sabah, su más significado enemigo del clan yemeni— tuviera como escenario final las dependencias del propio Alcázar del Emirato, para que el monarca infiriese de ella la consecuencia de que no todo era eficiente en torno a su persona, y, una vez conocidos los defectos, ordenó, para subsanarlos, que fuera reconstruido totalmente el recinto murado de Córdoba y se iniciase la compra de esclavos berberiscos y europeos (eslavos) con destino a su tropa y guardia personal, medida esta última que, al cabo de no mucho tiempo, le puso en posesión de un ejército mercenario de cuarenta mil hombres, a decir de los historiadores musulmanes. Por este sistema fué paulatinamente imponiéndose a sus enemigos y robusteciendo su poder, a la par que se curtía en las lides de la guerra y en los quehaceres del buen regir, hasta llegar a ser un consumado político, apto para afrontar los más arduos problemas del gobierno, y un hábil estratega, capaz de sacar utilidad de las circunstancias más adversas y de aprovechar las favorables hasta límites insospechados, como demostró plenamente con ocasión del alzamiento de Sulaymán ben Yaqzan al-A'rabi, la sublevación que tuvo más resonancia, allende las fronteras de al-Andalus, de cuantas amargaron los días de Abd al-Rahmán. Este al-A'rabi, fué un yemenita que, a la sombra de otra rebelión anterior —la del beréber Shaqia, que se desarrolló durante los años 768 a 777— había fomentado la insurrección por el nordeste de al-Andalus, concretamente, en el sector de Barcelona y Gerona donde, al parecer, ejerció un cargo de cierta importancia. A principios de 778, consiguió concertar una alianza militar con Carlomagno y sublevó, además, la plaza de Zaragoza, con lo que la conjura por él tramada llegó a adquirir proporciones de suma gravedad. El soberano envió entonces contra los zaragozanos al leal Tha'laba ben Ubayd al-Chudhamí, quien a poco de situarse ante los muros de la plaza rebelde, cayó prisionero de Sulaymán y fué enviado a Carlos como prueba de que Abd al-Rahmán acababa de romper las hostilidades contra la sedición. El emperador, fiel al compromiso de ayuda contraído con los insurrectos, entró a continuación en España y se dirigió a Zaragoza; pero el puritano al-Husayn ben Yahya al-Ansarí, jefe de los rebeldes zaragozanos y para quien el franco no dejaba

de ser un enemigo sempiterno en el terreno religioso aunque fuese un aliado de circunstancias en el político, se negó rotundamente a abrirle las puertas de la ciudad. Tan inesperada como firme negativa vino a cambiar por completo el cariz de los acontecimientos, y quien sabe si también el curso de la historia del Occidente europeo, pues fué causa, por un lado, de que Carlomagno, a quien urgía regresar a sus estados porque una sublevación de signo germánico los amenazaba, desistiese de cercar la plaza y se volviera a su país no sin antes tener que lamentar la pérdida de su retaguardia en Roncesvalles (agosto 778), y, por otra, de que la discordia hiciese acto de presencia entre los conjurados, y al-A'rabí fuera asesinado poco después, por un sicario de al-Husayn, quedando los rebeldes divididos en dos grupos: el de los zaragozanos, fiel a su jefe, y el de los catalanes, obediente a Ayshún, un hijo del interfecto. Entonces consideró Abd al-Rahmán que era llegado el momento de realizar, sin grandes esfuerzos ni riesgos, un alarde espectacular de fuerza que rehabilitara su poderio ante propios y extraños; empezó por llamar a su lado al dolorido 'Ayshún para quedar a cubierto de cualquier contingencia por parte catalana; seguidamente, puso sitio a Zaragoza e hizo capitular a al-Husayn, de quien exigió rehenes; a continuación emprendió una acción de castigo contra Pamplona, desmantelada por Carlomagno al salir de España, y contra la comarca vasca, no curada todavía de la devastación a que la sometiera el mismo emperador en su tránsito por ella; luego volvió sus armas contra el feudo franco de la Cerdaña, sorprendió al conde Galindo y le obligó a pagar tributos, además de tomarle un hijo en calidad de rehén; después ordenó prender a 'Ayshún, hombre impulsivo y temerario con exceso, del cual había obtenido ya la utilidad apetecida o temía se le rebelase en lo futuro, y, por último retornó a Córdoba, donde, a poco de llegar, estuvo a punto de caer asesinado a manos del susodicho 'Ayshún, quien sospechando que iba a ser pronto suprimido de manera alevosa y por razones de Estado, no se resignó a morir sin antes intentar deshacerse del monarca. Y si bien es verdad que el proceder de Abd al-Rahmán con el hijo de al-A'rabí resulta impulsivo en demasía, no es menos cierto que se olvida, en cambio, cuando se sabe que el soberano cordobés no se dió por satisfecho con los éxitos alcanzados en esta campaña hasta que, por efecto de los mismos consiguió rescatar a su general y fraternal amigo Tha'labá de manos de Carlomagno, lo que no le privó, sin embargo, de aprovechar las negociaciones entabladas a este fin para

aceptar una beneficiosa tregua que el emperador franco, altamente impresionado por el alarde del omeya, le propuso.

Sus biógrafos lo describen como un hombre alto, delgado, rubio, casi imberbe y tuerto, añadiendo que poseía gran cultura y elocuencia; que era enérgico en sus decisiones, muy activo para sus negociaciones y poco partidario de confiar la resolución de los problemas estatales a otro juicio que no fuese el propio, que amaba la caza y detestaba los placeres y los festines, y, finalmente, que tenía especial predilección por la poesía, habiendo salido de su pluma bellos y sentidos versos de irreprochable factura oriental, evocadores de su Siria idolatrada y remota. En los primeros años de su reinado embelleció la sierra de Córdoba con una finca de recreo que denominó al-Rusafa, en recuerdo al lugar donde había sido criado: la Rusafa de su abuelo Hisham, en Damasco. Más tarde, en 784-85, reedificó por completo el viejo Alcázar de los emires, cuya fábrica no le merecía ninguna garantía de fortaleza. Y, por último, en 787-88 inició la construcción de la primera Gran Aljama de la capital sobre el solar de la iglesia visigótica de San Vicente, la cual demolió luego de haberla adquirido a los mozárabes, con los que se mostró tolerante y considerado, y les permitió reedificar los templos que poseían extramuros de Córdoba.

Abd al-Rahmán murió en Córdoba el día 30 de septiembre de 788, a la edad de cincuenta y siete años, y fué enterrado en la Rawda del Alcázar. Su reinado duró treinta y dos años, y sucedióle en el trono su hijo Abu-I-Walid Hisham, al que se designa con el nombre de Hisham I, al Rida. (M. O. J.).

